

Se oye como si despertáramos de un
sueño en el alba: Hacia los 70 años
de *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo

Carlos Rutilo

A Mawa

I

Dentro del laberíntico acervo de Alfonso Reyes (1889-1959), ubicado en la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria de la UANL, se pueden encontrar una gran cantidad de obras que conforman el patrimonio universal de la literatura; y entre sus tesoros literarios, sin lugar a dudas, siempre sobresaldrán

las primeras ediciones de libros que no han dejado de resonar en distintas generaciones de lectores porque todavía tienen mucho qué decirnos y cada lectura renueva las obras, sin importar cuánto tiempo haya pasado desde la primera vez que salieron a dialogar con el mundo, como son los casos del libro de cuentos *El llano en llamas* (FCE, 1953) y la novela *Pedro Páramo* (FCE, 1955)¹ de Juan Rulfo (1917-1986).

En una carta dirigida a su entonces novia, —y esposa, mucho tiempo después— Clara Aparicio (1928-2023), y fechada el 28 de agosto de 1947, Juan Rulfo menciona por primera vez la idea de escribir una novela titulada *Una estrella junto a la luna*, con el tiempo sería modificado por *Los murmullos* (1954), y al final quedaría como *Pedro Páramo* (1955), un nombre profético y capaz de abarcarlo todo como las tierras poéticas de la Media Luna. Vale la pena resaltar que un año antes de su publicación aparecieron fragmentos de la novela en distintas revistas literarias del país con los títulos: “Un cuento” (*Letras Patrias*, número 1, enero-marzo de 1954), “Los murmullos” (*Revista de la Universidad*, volumen VIII, número 10, junio de 1954) y “Comala” (*Dintel*, año 1, número 6, septiembre de 1954). El inicio es: “Fui a Tuxcacuexco porque me dijeron que allá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo” (narrado en pasado y de manera distante, a diferencia de su versión definitiva que está en tiempo presente y cuya historia tanto el lector como el narrador-personaje estarán por descubrir). También fueron publicados el primer monólogo de Susana San Juan: “Estoy acostada en la misma cama donde murió mi madre”; y el final de la novela: “Pedro Páramo estaba sentado en un viejo equipal, junto a la puerta grande de la Media Luna, un poco antes de que se fuera la última sombra de la noche”, fragmento que tendrá algunas modificaciones para su versión final.

Estas primeras versiones son muestra del rigor con el que Juan Rulfo trabajó a profundidad la novela, pues los cambios que hizo para la impresión de la obra en 1955 logró entregarnos imágenes más claras y al mismo tiempo cargada de *sonidos* potentes y poéticos; ya que no es lo mismo empezar la obra con “Fui a Tuxcacuexco porque me dijeron que allá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo” que con “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo”. Esta aproximación del lector a la historia se consigue a través del tiempo verbal que construye una imagen mucho más cercana del entorno donde se desarrolla la aventura que está por emprender Juan Preciado: la renovación del mito en la búsqueda del padre ausente dentro de un pueblo que solamente está habitado por los murmullos de los muertos, o la venganza de la, o hacia la, tiránica figura patriarcal. En la versión definitiva el viaje está por empezar y el misterio por saber quién es Pedro Páramo es prometedor, y en aquél el personaje carga con la esperanza de hacer realidad las ilusiones de quien sólo está destinado a morir sofocado a causa de los murmullos atorados entre las paredes de un pueblo muerto.

Comala ya es otro gran acierto, a diferencia de Tuxcacuexco, su sola pronunciación parece remitirnos a *las brasas de la tierra* en la que están pagando aquellos que nunca alcanzaron a ganarse el perdón de la divinidad que abre las puertas del eterno descanso: o a ese purgatorio donde los fantasmas están cansados de pedirle a alguien más que ruegue por sus almas mientras otros se sofocan por el calor hasta desvanecerse o disiparse como cortinas de aire caliente, antes de que la lluvia vuelva a despertarlos

¹ Ambas obras, ubicadas en el Fondo Alfonso Reyes de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria de la UANL, se encuentran digitalizadas para consulta interna. El libro *Pedro Páramo* incluye dos viñetas realizadas por Ricardo Martínez (1918-2009) que abren y cierran la obra; a este ejemplar sólo le falta la viñeta de la portada, ya que no cuenta con la sobrecubierta. El cuidado de la edición estuvo a cargo de José C. Vázquez y Alí Chumacero. Vid. Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955. (Las citas de la obra provienen de esta primera edición).

desde sus cajones de muertos y les recuerde el hambre y las ilusiones destrozadas por el tiempo. El nombre es ya una imagen, como el del protagonista de la novela; y a la vez resulta enigmático al no tener un significado preciso para nuestra lengua:

—Hace calor aquí— dije.

—Sí, y esto no es nada —me contestó el otro—. Cállese. Ya lo sentirá más fuerte cuando lleguemos a Comala. Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del Infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al Infierno regresan por su cobija.

—¿Conoce usted a Pedro Páramo? —le pregunté.

Me atreví a hacerlo porque vi en sus ojos una gota de confianza.

—¿Quién es? —volví a preguntar.

—Un rencor vivo —me contestó él.

Al principio, la novela está narrada por Juan Preciado, pero conforme el lector va adentrándose en las entrañas muertas de Comala, poco a poco, se perderá entre las distintas narraciones que ofrecen los murmullos, alguno de ellos anónimos y otros totalmente identificables como los correspondientes a Susana San Juan y Pedro Páramo, entre otros. En el camino tendrá un Caronte y un Virgilio distintos en los personajes de Abundio, Eduviges Dyada, Damiana Cisneros y Dorotea *la Cuarraca*, quienes tratarán de darle contexto sobre la situación y la condena de los habitantes y animales de Comala, pues hasta el fantasma del caballo del único hijo reconocido por el cacique, Miguel Páramo, galopa y relincha de pena sobre las calles vacías: “Corre por todas partes buscándolo y siempre regresa a estas horas. Quizá el pobre no puede con su remordimiento. ¿Cómo hasta los animales se dan cuenta de cuando cometen un crimen, no?”.

El hombre y la naturaleza también son de vital importancia, porque gran parte de los muertos despiertan por la humedad de la lluvia que golpea la tierra sobre la que están enterrados: recuerdan el hambre y la violencia al haber estado vivos; o tal vez es tan violento el recuerdo del hambre que por eso mismo no encuentran la voluntad suficiente para que sus respectivas almas trasciendan los ecos abandonados dentro de estas tierras estériles.

II

¿Qué es exactamente *Pedro Páramo*? A lo largo de las últimas décadas que abarcan desde la segunda mitad del siglo XX y las primeras dos del presente siglo se sabe que la novela ha conseguido nuevos lectores de distintas generaciones, que hacen diversas interpretaciones relacionadas con el cuerpo y la violencia manifestada en la amplia baraja de personajes que desfilan como ecos heridos entre las calles vacías de Comala; o que buscan un valor distinto a las llamas de las velas que pueden agonizar en cualquier instante o al sonido de la lluvia que cae sobre un valle de muertos.

Cada frase pesa y al mismo tiempo es tan liviana como las hojas que arrastra el otoño en los recuerdos de quienes intentan volver a un tiempo que ya no les corresponde, a una vida que se les fue

de las manos como quien pierde un hilo de sangre por cada suspiro que pudo dar. La narración es fragmentaria, y esta misma estructura nos mantiene atentos a la ola de murmullos que atormentan a Juan Preciado, quien cree haber llegado a una dirección equivocada, movido por la nostalgia y la petición de su madre muerta, para después perderse entre la multitud de murmullos y pensamientos de Pedro Páramo sobre Susana San Juan, su gran amor y talón de Aquiles; o entre la culpa del Padre Rentería por permitir que la maldad transite libremente en el pueblo que estuvo a su cargo, dejando a Dios en un segundo plano en sus prioridades, porque los ruegos no pueden calmar el hambre que le devora; o entre los asistentes a la boda en la que murió el padre del cacique y a quienes éste mismo “arrasó parejo”, cuando no encontró al verdadero culpable.

Pedro Páramo es una novela y a la vez un milagro poético que no pasa desapercibido en el tiempo, y todo aquel que la lea por primera vez tendrá la necesidad de volver a oír el eco de las pisadas sobre un suelo de piedra abandonado en el silencio y los truenos de una lejana tormenta guardados en la memoria; o volver a tratar de descifrar ese rencor *vivo* que todos recuerdan y sobre el que murmuran, como si fuese imposible escapar de los brazos de maldad de un cacique viejo y cansado por esperar la llegada de un único amor —representado en la enigmática figura de Susana San Juan—, que fue lo único que nunca pudo poseer ni debido al cual no entendió la dimensión de su locura.

Sabemos que *Pedro Páramo* llegó a clausurar para *siempre* las novelas de la Revolución mexicana y las de la guerra cristera con su innovadora estructura fragmentaria, la renovación de distintos mitos y la incorporación de influencias y reinterpretaciones de las obras de Virgilio, Dante, Maquiavelo, Emily Brontë, William Faulkner y María Luisa Bombal, entre otras. Hay algo más que nos inquieta y motiva a acompañar a Juan Preciado en su breve odisea en Comala. La novela, además de ser una crítica social de los distintos conflictos del México de aquella época, no descuida la forma estética por medio de la cual está narrada:

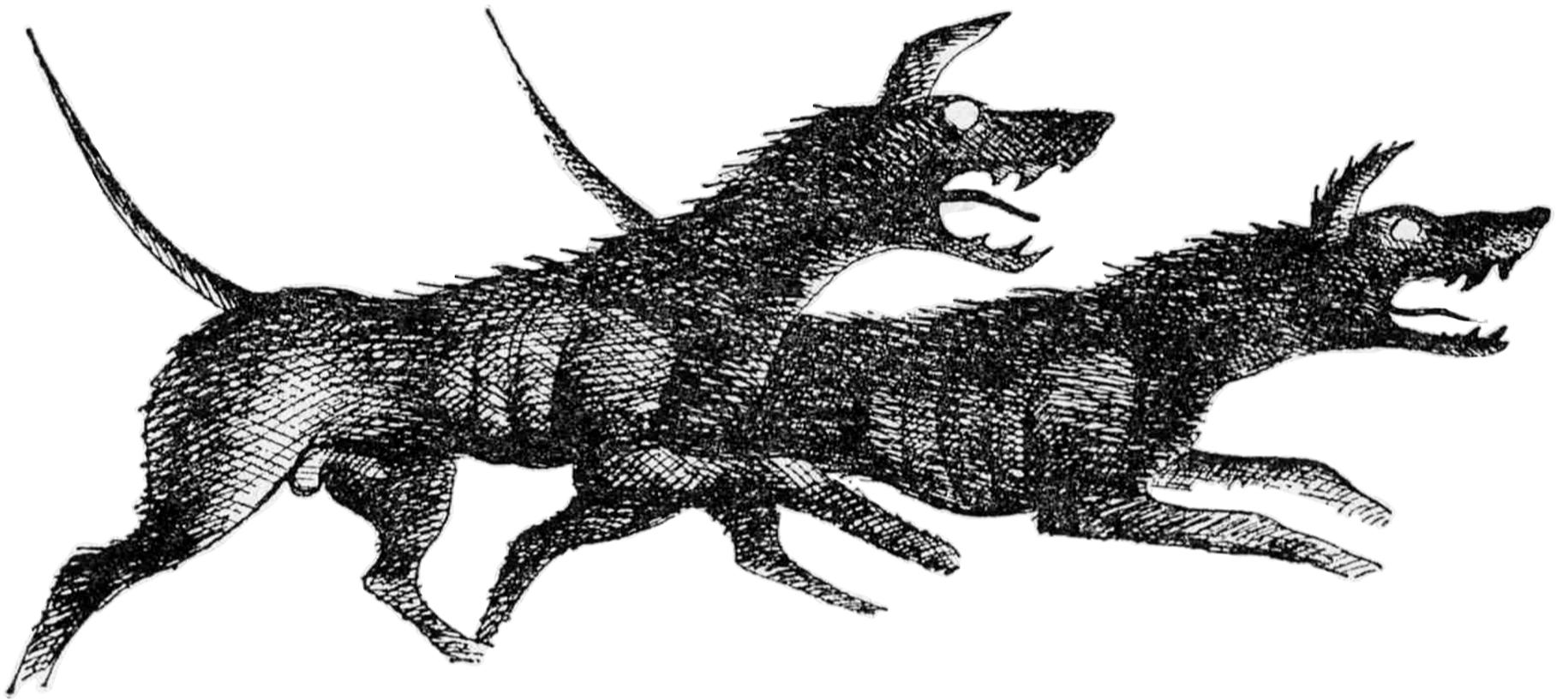
—Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso en que llegará el día en que estos sonidos se apaguen.

Eso me venía diciendo Damiana Cisneros mientras cruzábamos el pueblo.

—Hubo un tiempo en que estuve oyendo durante muchas noches el rumor de una fiesta. Me llegaban los ruidos hasta la Media Luna. Me acerqué para ver el mitote aquel y vi esto: lo que estamos viendo ahora. Nada. Nadie. Las calles tan solas como ahora.

Y así *Pedro Páramo* va dibujándose y desdibujándose en cada fragmento como si se tratase de un sueño o de un poema en prosa²: el ritmo de las pisadas y el de los ecos determinan un tempo que nos entrega una serie de imágenes poéticas, algunas relacionadas con la catástrofe del presente cargado de ilusiones destrozadas, distintas relaciones incestuosas llenas de hambre y una terrible desesperación por encontrar la calma en la muerte, o ¿qué hay más allá de la muerte?; y otras tan entrañables como el amor en la mirada de un niño que aprende a descubrir el mundo a través de una muchacha ausente:

² En el capítulo “Verso y prosa” de *El arco y la lira*, Octavio Paz nos dice lo siguiente: “El ritmo es inseparable de la frase; no está hecho de palabras sueltas, ni es sólo medida o cantidad silábica, acentos y pausas: es imagen y sentido. Ritmo, imagen y sentido se dan simultáneamente en una unidad indivisible y compacta: la frase poética, el verso.” *Vid.* Octavio Paz, *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 70.



Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes en la época del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo mientras estábamos encima de él, arriba de la loma, en tanto se nos iba el hilo de cáñamo arrastrado por el viento. “Ayúdame, Susana.” Y unas manos suaves se apretaban a nuestras manos. “Suelta más hilo.”

El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los dedos detrás del viento, hasta que se rompía con un leve crujido como si hubiera sido trozado por las alas de algún pájaro. Y allá arriba, el pájaro de papel caía en maromas arrastrando su cola de hilacho, perdiéndose en el verdor de la tierra.

Y Susana San Juan se vuelve un *espacio* incomprensible e inhabitable porque desde la locura evoca los recuerdos de su amor muerto, aquel que no es Pedro Páramo, el tirano que es capaz de mover a los revolucionarios a su conveniencia pero incapaz de poseer el amor del único ser al que le concede un valor casi divino; y tampoco lo es Bartolomé de las Casas, su padre, en cuya relación con éste el lector puede intuir el incesto y la violencia. En los monólogos oníricos de Susana el cuerpo convive con la tierra y el mar —el amor y el mar—, y nada pasa desapercibido para el lector que intenta descifrar el enigma que nunca pudo comprender el maquiavélico cacique:

Volví yo. Volvería siempre. El mar moja mis tobillos y se va; moja mis rodillas, mis muslos; rodea mi cintura con su brazo suave, da vuelta sobre mis senos; se abraza de mi cuello; aprieta mis hombros. Entonces me hundo en él, entera. Me entrego a él en su fuerte batir, en su suave poseer, sin dejar pedazo.

—Me gusta bañarme en el mar —le dije.

Pero él no lo comprende.

Y al otro día estaba otra vez en el mar, purificándome. Entregándome a sus olas.

Cuando Susana San Juan muere, Pedro Páramo decide cruzarse de brazos y condenar a Comala a morir de hambre porque no comparte la pena de su duelo. Desde entonces el paraíso perdido de la madre de Juan Preciado se convierte en una tumba y la condena es para todos los habitantes sin excepción alguna. Lo que había empezado como una historia épica terminó por volverse una tragedia, un trayecto dantesco a través de las calles vacías, donde había que acostumbrarse a la sentencia del silencio y abandono.

Después de *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, Juan Rulfo publicó sólo *El gallo de oro y otros relatos* (Ediciones Era, 1980), una obra por la que el propio autor perdió las ganas de pulir, pero que conserva el tono de sus obras anteriores. Aunque *Pedro Páramo* no fue bien recibida del todo en su momento, el tiempo terminó por consagrarla en el lugar que merece, ya que autores como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Fernando del Paso, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Ida Vitale, Juan Marsé, Susan Sontag, Günter Grass, entre otros, la elogiarían y comentarían en su momento, reconociéndola como una obra de gran influencia para la literatura escrita en nuestra lengua y en lo que respecta al siglo XX, y que sigue resonando con gran vitalidad en nuestros días como quien escucha un rumor de la caída de piedras sobre calles de piedra.

BIBLIOGRAFÍA

Bachelard, Gaston. *La poética de la ensoñación*. Traducción de Ida Vitale. México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Traducción de Ernestina de Champourcín. México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Bachelard, Gaston. *La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayo sobre las imágenes de la intimidad*. Traducción de Rafael Segovia. México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Fuentes, Carlos. *La gran novela latinoamericana*. México, Alfaguara, 2011.

Paz, Octavio. *Corriente alterna*. México, Siglo XXI Editores, 1969.

Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

Rulfo, Juan. *Aire de las colinas*. México, Plaza y Janés, 2000.

Vitale, Ida. *Resurrecciones y rescates*. México, Fondo de Cultura Económica, 2019.